

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



2. Una península de Reinos

Había pues en las montañas de los astures un reino creado por la nobleza de la corte toledana huida hasta aquellos parajes agrestes que en los siglos de su dominio peninsular ni tan solo habrían pisado, como tampoco lo habían hecho los romanos, salvo presencias muy localizadas. Desde su escondite, planearon la recuperación de la monarquía neogótica y muy pronto pudieron instalarse en Oviedo gracias a la suerte de las armas y al escaso interés de los musulmanes por aquellas tierras.

A primeros del siglo X, el rey García I controló suficientes tierras como para poder trasladar la capital a la ciudad de León, dando al reino el nombre de la capital. Ramiro II, de mal nombre el Diablo, unificaría el núcleo cristiano de Asturias y León con Galicia y el norte del actual Portugal. En sus dominios se hablaba la lengua de los astures, el leonés y el gallego; era el señor de la reserva de cereales más importante de la península, herencia de los celtas, a la que denominó Campos Góticos, hoy la Tierra de Campos. La expansión hacia el sur se hizo a la sombra de su ejército y a hombros de los mozárabes llegados de Córdoba y Toledo.

En el otro extremo de la geografía peninsular, en los Pirineos orientales, se habían organizado unos cuantos condados en unas tierras con escasa influencia goda. Eran pocos y muy pronto cayeron bajo dominio del poderoso imperio carolingio; gracias a ello pudieron extender el poder delegado por los sucesores de Carlomagno por una planicie altamente romanizada, hasta llegar a los límites musulmanes de Lleida y Tortosa.

La lejanía del emperador resultó un regalo del cielo para la prosperidad de los condes del Pirineo oriental. Además, el éxito militar obtenido con la recuperación de Barcelona,

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



ocupada durante un tiempo por Almanzor, sin la ayuda de las tropas imperiales, animó al conde Borrell II, nieto de Guifré el Pilós, a proclamarse independiente de facto de la monarquía franca. Claramunt describe la situación del condado de Barcelona como “una independencia por omisión”: el duque de la Marca de Septimània o Gotia, posteriormente denominada Marca Hispànica, estaba ligada jurídicamente al rey franco, pero iba por libre, beneficiándose de la distancia física, política y emocional de la corte imperial. “La gran aventura político-familiar”, explica el catedrático, “fue posible gracias a la preferencia de los monarcas francos por conceder los condados de los Pirineos a magnates locales, pertenecientes a la nobleza de segundo rango, en vez de otorgarlos a los grandes magnates francos emparentados con el rey, siempre dispuestos a sublevarse”. A poco para la celebración del año mil, las gentes de esta esquina pirenaica vivían alrededor de los castillos de los señores feudales y de las iglesias; por aquel tiempo, el catalán se dejó entrever entre los textos latinos.

Entre los focos de Asturias y los condados orientales, nacieron los condados carolingios de los Pirineos centrales, de los que emergerían el Reino de Pamplona y el Reino de Aragón. A poniente de estas tierras, vivían los pueblos de las montañas cántabras y los várdulos; allí se instauraría el condado de Castilla y Álava, “único rincón de Europa en el que la población era libre políticamente y económicamente”, subrayaba Carretero. “Castilla nace con pocas gotas de sangre romana o germánica”, describía Sánchez Albornoz. El filólogo y medievalista Menéndez Pidal estudió el peso de los várdulos de lengua eusquérica en la repoblación de este territorio, tan relevante debió ser que Alfonso III de Asturias se refería “a la Vardulia que ahora se llama Castilla” para identificar aquellos lejanos dominios orientales.

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



La nación inventada, de Arsenio e Ignacio Escolar

El territorio ocupado por la primera repoblación cristiana, de las montañas al río Duero, sería una especie de *far west*, según la expresión utilizada por Arsenio e Ignacio Escolar en su libro *La nación inventada*. Estaban pobladas, dicen, por “poca gente, áspera y malhablada porque habían aprendido muy mal el latín”. De la mezcla de este latín local con términos de origen vascón, sumada a la influencia lingüística y cultural de los peregrinos del Camino de Santiago y a los contactos con los árabes se formó el castellano, “una lengua que resuena como las trompetas de guerra”, al parecer del desconocido autor del *Poema de Almería*.

Seguimos en el siglo X. Mientras las dinastías y los reinos cristianos se asentaban cada uno en su sitio y a su manera aparece la primera crónica general de la península, titulada *Historia de los Reyes de al-Andalus*. El historiador Roberto Matesanz Gascón detectó en esta obra, originariamente, el concepto geográfico de patria: “Esta idea, que en la historiografía peninsular cristiana sólo comenzará a corporizarse durante el siglo XIII, está presente con mucha fuerza en la narración de Ahmad al Razi”. Álvarez Junco ve en el relato del moro Aziz “una innegable conciencia de identidad en el al-Andalus, diferenciada del mundo musulmán, alimentada de mitos griegos y cristianos”, hasta el punto de intuir una nación, naturalmente sin el sentido de soberanía colectiva, una asociación que tardaría muchos siglos en definirse.

Un siglo más tarde, en el XI, los pequeños condados de influencia franca del Pirineo central se habían convertido en el centro político más poderoso del norte cristiano,

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



al transformarse en el Reino de Pamplona, más tarde denominado Reino de Navarra, respondiendo a la presencia mayoritaria entre la población de los navarros de habla vasca. Menéndez Pidal describía este país como “homogéneamente vascón”, a pesar de hablarse también allí el navarro-aragonés y otras lenguas. El caso es que Sancho III, aprovechando la expansión de sus dominios desde Astorga a Aragón, se creyó en el derecho de avanzar a los tiempos y se autoproclamó *Hispaniae Rex*, o *Rex Ibericum*, en palabras del Abat Oliva. Este rey pamplonés, en el momento de su máximo esplendor, tutelaba también el condado de Castilla, a pesar de ser este vasallo del Rey de León.

En la Marca Hispánica, Ramon Berenguer III obtenía el título de Dux i Princeps Cathalani

El condado de Castilla y el reino de León se enfrentaban a menudo. Políticamente y socialmente eran muy distintos: las comunidades de villa con fueros propios y milicia de los castellanos frente al régimen señorial y eclesiástico de los leoneses. Sería precisamente en estos años de dependencia navarra cuando Castilla obtuvo el reconocimiento de reino. Sancho legó a su hijo Fernando el condado de Castilla, pero lo hizo a título de rey. A pesar de este hecho, la condición real del condado no adquirió carácter definitivo hasta que Fernando, convertido ya en Rey de León, tras derrotar a su cuñado Bermudo III en la batalla de Tamarón, reconoció la independencia castellana en su testamento dictado como monarca leonés. Igual política siguió Sancho III con los condados aragoneses; los asignó a su hijo Ramiro con los honores de reino.

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



Mientras León y Castilla dirimían la primacía en el sector occidental de la península con bodas, guerras, uniones y desuniones; Navarra se concentraba en los juegos dinásticos de la vertiente norte de los Pirineos, en defensa de sus dominios de la Baja Navarra; y en la Marca Hispánica, Ramon Berenguer III obtenía el título de *Dux i Princeps Cathalani*. Con esta promoción del conde de Barcelona se completaba la cuarta etapa de las seis que Claramunt distingue en la lenta formación de Cataluña. A saber: desde las tribus ibéricas a Hispania; de la Hispania Tarraconense a la Marca del Imperio Carolingio; de las tramas familiares de los condados de los Pirineos a la vertebración del territorio al entorno del linaje condal de Barcelona; del distanciamiento de la monarquía franca a la plena soberanía; del proceso de implicación cada vez más intenso en los asuntos peninsulares hasta su plena incorporación en la dinámica hispánica y la expansión mediterránea.



Jaime I

El hijo de este príncipe de los catalanes *avant la lettre*, Ramon Berenguer IV, se convirtió en príncipe real de Aragón al casarse con Petronila. Él fue quien configuró el mapa actual de Cataluña, incorporando a sus dominios los emiratos de Tortosa y Lleida. Como consecuencia de esta boda, nació, en 1137, la Casa Real de Aragón y Condal de Barcelona. La denominación de la parte catalana tuvo que limitarse al condado porque los condes barceloneses, a pesar del honor obtenido por el padre de Ramon Berenguer IV, no obtuvieron jurídicamente el título de príncipes de Cataluña hasta pasados otros cien años, en 1258, cuando Luis IX de Francia y Jaime I firmaron

el Tratado de Corbeil. Hasta aquella fecha no se disolvió formalmente la relación feudal establecida por los condados

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



con el imperio de Carlomagno. Jaime I, entretanto había creado los reinos de Valencia y Mallorca por derecho de conquista.

Ramon Berenguer IV se convirtió en príncipe real de Aragón al casarse con Petronila. Él fue quien configuró el mapa actual de Cataluña

Las disputas entre castellanos y leoneses se convertirían en un clásico. Aun hoy, la resistencia leonesa a la versión castellanizadora de la historia exhibe siempre que puede su pasado glorioso recordando que “León tuvo 24 reyes antes que Castilla leyes”. Tienen la razón cronológica, pero, como explican los Escolares en su relato heterodoxo de Castilla, “la historia la escriben los vencedores. Y por eso, la vencedora Castilla pudo pulir su pasado por tal que brillara como el oro de la corona, como el acero de las espadas. Después, unas luminosas mentiras desembocaron en otro río aún más grande: el de la historia de España, el de aquella “unidad de destino” que recuperaba para el futuro la deseada unidad perdida de la Hispania romana y visigoda. ¿O no?”.

Castilla accedió a la categoría de reino un siglo más tarde que León y tres siglos después que Asturias; sin embargo, solo tardó dos siglos en asimilar la legendaria corona de Pelayo. Diversos matrimonios afortunados y otras tantas campañas militares victoriosas propiciaron dos uniones fallidas, básicamente por la costumbre de algunos reyes de dividir la corona entre sus hijos al dejar este mundo. La unificación definitiva fue mérito de Fernando III, el Santo, entronizado como rey de León, Castilla, Galicia y Toledo.

Fernando era leonés por parte de padre y castellano de

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



parte de madre. Es plausible pensar que aprendiera a hablar leonés antes que castellano, sin embargo, declaró el castellano idioma oficial del reino. Su hijo, Alfonso X, el Sabio, culminó la obra del padre, siendo reconocido por el dudoso honor de ser el responsable “de una serie de tergiversaciones e invenciones sobre el origen de Castilla y de sus mitos fundacionales admitidos como hechos ciertos y contrastados en los libros de historia, en algunos casos hasta hoy día”. En opinión de los Escolares, tal hazaña le convierte “en el padre de la leyenda de la nación inventada. Según Álvarez Junco, en la obra del Sabio, *Estoria de Espanna*, la primera crónica general del área geográfica controlada por los reyes cristianos, “se toma el reino astur-leonés-castellano como el eje y centro de la actuación política y militar, y guardián de la memoria histórica de toda España”.

Anselmo Carretero considera errónea la idea, ampliamente aceptada, por otra parte, de que la tercera y definitiva unión de las coronas de León y Castilla, supuso la imposición de la hegemonía castellana en España y la pérdida de toda influencia por parte de los leoneses. “Es una distorsión histórica”, escribió, “la auténtica Castilla Vieja nunca ha dominado España; en cambio, el espíritu tradicional de la monarquía leonesa siguió vivo y su política y sus leyes siguieron vigentes”. Esta tesis tomaría cuerpo por la evidencia que Fernando III siguió aplicando el Fuero Juzgo en Andalucía y no las leyes castellanas y por la comprobación de que la repoblación de aquel territorio respondiera a los criterios de la organización señorial de los godos, configurándose grandes propiedades, los latifundios. “La vieja nacionalidad leonesa”, argumenta el intelectual segoviano, “se desvaneció nominalmente, mientras sus estructuras y formas de gobierno se consolidaron con el nombre de castellanas”. Norman Davies describe un

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



fenómeno semejante al ocuparse de la unificación de Prusia y Brandeburgo: la personalidad imperial de Alemania se habría forjado a partir del pensamiento bélico con acentos nacionalistas del Reino de Hierro, atribuyéndose a los alemanes los valores del país de Otto von Bismarck, como el de “la supervivencia del país más apto”.

El castellano viajó de Vizcaya hacia Salamanca y no al revés

La ideología política y social del nuevo reino de Castilla-León, aplicada en su expansión hacia el sur de la península, sería la gótica-astur-leonesa, pero el idioma utilizado fue el castellano, nacido formalmente en San Millán de la Cogolla y desarrollado inicialmente en las tierras del primer condado de Castilla y Álava. “Mucha gente de Palencia, Valladolid, Zamora o Salamanca que se creen castellanos viejos desconocen que la lengua que hablan no es originaria de aquellas tierras, si no importada. De la misma manera, muchos vascos la consideran extranjera e impuesta por la fuerza por Castilla, ignorando que el castellano nació en el País Vasco, incluso cuando los vascos tenían la mayor de las independencias que han tenido”. Así refería Carretero las primeras etapas del viaje oficial de la lengua de Castilla hasta llegar a todos los rincones peninsulares. El castellano viajó de Vizcaya hacia Salamanca y no al revés, aunque a estas alturas pueda parecer lo contrario y fácilmente sería señalado como mentiroso quien osara defenderlo en según qué lugares. A Galicia y Cataluña llegó con algo más de retraso, detalle, por otra parte, bien notorio.

El idioma de los ejércitos castellanos y de los repobladores se extendió velozmente en dirección sur, al ritmo de las victorias militares sobre los musulmanes de la penúltima gran ofensiva contra los reinos de taifas, nacidos de la

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



decadencia del Califato de Córdoba. Antes de lanzarse a la guerra, Fernando III y Jaime I, consuegros y líderes indiscutibles de aquel período expansivo de las armas cristianas, acordaron en reunión familiar la distribución de las áreas de influencia y dominio: Andalucía y la región de Murcia quedarían bajo control de los reyes castellanos; los reyes aragoneses ocuparían el Levante, hasta llegar a la ciudad de Murcia, además de las islas Baleares.

Los dos grandes protagonistas de la ofensiva bélica sobre los territorios controlados por los árabes actuaron de forma coordinada, pero aplicaron fórmulas de dominio diferentes. El rey-conde avanzaba creando nuevos reinos (Valencia y Mallorca), mientras la monarquía castellana lo hacía anexionando territorios, llamándolos Castilla la Nueva (al País Toledano y la Mancha) y Castilla la Novísima (a la parte occidental de Andalucía), con la excepción de Murcia, donde por un cierto tiempo, se mantuvo la denominación nominal de reino sin monarca propio.

Fernando III y Jaime I, consuegros y líderes indiscutibles de aquel período expansivo de las armas cristianas, acordaron en reunión familiar la distribución de las áreas de influencia y dominio

El Reino de Murcia, entendido en aquel momento hasta Alicante, tuvo una de las repoblaciones más complicadas, al intervenir sucesivamente los leoneses, los castellanos, los navarros, los aragoneses y los catalanes. Finalmente, el modelo leonés de grandes concesiones a los señores y a la Iglesia quedó muy patente en la distribución de las propiedades en el campo murciano. Allí se vivió una de las revueltas de moriscos más amenazadoras para la

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



consolidación de dominio de la cristiandad en el levante. Jaime I la sofocó, en beneficio de su yerno, Alfonso X, y de la corona castellana. Aunque el buen rey Jaime lo expresó diferente en su crónica de los hechos ocurridos: “*Nos, ho fem la primera cosa per Déu, la segona, per salvar Espanya*”.

Los cinco reinos medievales peninsulares es de suponer que también dejarían el “residuo irreductible” legado por todos los reinos a la posteridad, en expresión de Norman Davies; aunque improbable, por si no fuera el caso, Anselmo Carretero, en su libro *Los Pueblos de España*, ofrece un análisis de la trascendencia del modelo de las repoblaciones, del fondo étnico de las mismas y de las reparticiones de las propiedades de los vencidos, en muchos casos exterminados, para explicar las diferencias y la persistencia de la pluralidad regional.

El análisis comienza por las *extremaduras*, el nombre dado habitualmente a los territorios por donde avanzaban las tropas cristianas y los colonos que las seguían. En un primer momento, León denominaba de esta manera a las tierras del sur de Salamanca; Aragón, las situadas al sur del río Cinca y los catalanes, a València. La Extremadura propiamente dicha “es plenamente leonesa”, en opinión del estudioso segoviano. En estos parajes se hablaba la lengua lagesa, según Menéndez Pidal, emparentada con la familia del gallego-leonés-portugués, y los protagonistas de la colonización fueron las órdenes religiosas de Santiago, Alcántara y Calatrava, introduciendo el latifundio y la ganadería, a la larga convertidas en señales de identidad. “No hay ninguna confusión, son extremeños, por eso el Estado de las Autonomías se ha desarrollado tan fuertemente”, concluyó Carretero.

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



En opinión de este intelectual, “Castilla se acaba en la línea Talavera-Toledo”, por eso fue uno de los pocos en reclamar, infructuosamente, durante la elaboración del mapa autonómico, el reconocimiento del País Toledano, considerado desde las montañas de Toledo a la Serranía de Cuenca y desde la Alcarria a Sierra Morena, extendiéndose por toda la tierra seca, conocida por los árabes como La Mancha. A partir del límite Talavera-Toledo desaparecían los consejos comuneros, la propiedad colectiva de bosques y molinos, las milicias locales, la elección popular de los alcaldes y la exclusión de los clérigos de los cargos de gobierno. Al sur de esta frontera imaginaria, lamentaba Carretero, ya no regía el “nadie es más que nadie”, lema fundacional de la vieja Castilla, sino el predominio de los dignatarios, de los grandes propietarios, de las órdenes militares, de la mitra de Toledo y el Fuero Juzgo.

Siguiendo las huellas de las conquistas de los monarcas hispanos, Carretero describía Valencia como un territorio altamente romanizado e islamizado, porque, tras la caída de los visigodos, no quedó allí ningún cristiano vivo. Tras invadirlo, Jaime I mantuvo este reino árabe como reino autónomo dentro de la corona aragonesa-catalana, con sus propias Corts y su moneda; más adelante, Jaime II anexionaría a este reino las tierras de Alicante. Los múltiples intervinientes en la campaña militar del Levante explicarían la diversidad de la repoblación practicada: el litoral fue entregado a los ciudadanos y nobles catalanes participantes en la guerra y las tierras del interior a los señores feudales aragoneses, financieros del esfuerzo militar de la corona. Además, el Conquistador incentivó la permanencia de los musulmanes, temeroso de no poder hacer frente a la repoblación con sólo sus súbditos. El conjunto resultante fue

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



bilingüe, socialmente muy dividido entre campo y ciudad, menestralía y aristocracia. Dos siglos más tarde, Valencia era la ciudad más relevante y pujante de la confederación aragonesa-catalana. Y cien años antes de este siglo de oro, Francesc Eiximenis hablaba ya del pueblo valenciano.

Jaime I actuó de forma muy diferente en el caso de las Baleares. La conquista de las islas, totalmente islamizadas durante cinco siglos, respondió estrictamente a los intereses comerciales de los catalanes, pensando ya en la expansión mediterránea. La repartición del botín de guerra entre los conquistadores, mayoritariamente ampurdaneses, se hizo de forma minuciosa, casa por casa, recibiendo cada uno según la aportación en dinero, caballerías o hombres a la empresa militar. Aquí, el Conquistador hizo lo mismo que su consuegro el Santo en Jaén, Córdoba y Sevilla: aniquiló a la mayoría de la población musulmana y con los supervivientes saturó el mercado de esclavos del norte de África. Durante mucho tiempo, los habitantes de las Baleares fueron llamados catalanes. El Reino de Mallorca (las islas Baleares y el Rosellón) tuvo corta vida. A partir de 1349 quedó unido definitivamente al reino de Aragón.

Durante mucho tiempo, los habitantes de las Baleares fueron llamados catalanes

La repoblación de Andalucía, el territorio peninsular en el que la fusión de lenguas (árabe y romance), culturas y religiones (musulmana, judía y cristiana) alcanzó mayor intensidad, se materializó en dos grandes etapas, después de los éxitos militares de Fernando III y de su hijo Alfonso X. La corona y las órdenes militares se reservaron las principales ciudades, instalándose en ellas a los “verdugos

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



de los derrotados”. Esta expresión de los Escolar identifica claramente las dudas existentes, contra lo convenido tradicionalmente, ante la veracidad del paraíso andaluz de convivencia allí instalado, a pesar de la repoblación radical practicada en muchas ciudades. La repartición, en todo caso, respetó a las grandes propiedades y a la base aristocrática mozárabe, al estilo de Extremadura; la lengua oficial fue la de Castilla y el modelo político y social el de León.

El tablero de juego estaba ya listo y las cartas repartidas para la llegada de Isabel y Fernando, para la revitalización de la unidad goda y para que la historia de Castilla pasara a ser la historia de España. Antes de aquella boda, las referencias a España, una denominación atribuida por Claramunt a una derivación del término púnico *Span*, habían sido esporádicas, asimilables a una denominación geográfica común, sin ninguna pretensión política ni jurídica. José María Maravall, en su libro *El concepto de España en la Edad Media*, recoge una curiosidad que tiene su gracia, leída en las actuales circunstancias: “La palabra catalana *Espanya* aparece antes que la castellana *España*”.

La unión personal de las dos grandes coronas estuvo precedida y favorecida por un accidente dinástico de consecuencias trascendentales: la Casa Real de Aragón y Condal de Barcelona quedó sin descendencia directa de Guifré el Pilòs al morir Martín el Humano sin heredero. Ante tan luctuosa y desgraciada coincidencia, los nueve notables de la corona reunidos en Caspe designaron rey-conde a Fernando de Antequera, hijo de Leonor de Aragón y nieto de Pedro IV, hermano del difunto rey castellano Enrique III y por tanto, regente de Castilla.

Las razones de tal apuesta debieron ser múltiples, más

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



allá de los lazos de sangre. Salvador Claramunt, uno de los grandes especialistas medievales, subraya entre las muchas virtudes del elegido su condición de gran propietario de rebaños ovinos, un atractivo muy interesante para los industriales catalanes de la lana. Fuere por un motivo u otro, de golpe, la Casa de los Trastámara pasó a controlar las dos grandes coronas hispánicas en una sola persona, aunque de forma provisional, porque Fernando de Antequera para los castellanos, llamado Fernando I por los aragoneses y Ferran d'Antequera por los catalanes, nunca llegó a ser rey de Castilla.

A partir de aquel primer movimiento, el Cupido de los intereses políticos tramó los casamientos convenientes para hacer posible el matrimonio más famoso de la historia de las Españas. El círculo familiar se cerró espectacularmente, rozando el pecado, extremo muy usual en aquellas épocas. El padre de Fernando era Juan II de Aragón, hijo de Fernando de Antequera. El padre de Isabel era Juan II de Castilla, sobrino de Fernando de Antequera y primo de Juan II de Aragón. Juan II de Castilla se casó con su prima María de Aragón, al fallecer Isabel de Portugal, su primera esposa y madre de Isabel, convirtiéndose además en cuñado de Juan II de Aragón. Hijos de primos, los contrayentes hubieran necesitado una bula pontificia para casarse, documento que no pudieron conseguir hasta pasados unos años de la boda.

Una carambola dinástica similar había unido definitivamente el Señorío de Vizcaya a la corona castellana, unos años antes. El señor Don Tello falleció sin dejar hijos, pasando los derechos dinásticos a su cuñada Juana Manuel, casada con Enrique II de Trastámara, quien cedió el título a su hijo Juan, que un día sería rey de Castilla y Señor de Vizcaya. Los señoríos de Guipúzcoa, Álava y Ayala ya se

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



habían unido voluntariamente a Castilla hacía algún tiempo. Estos territorios, a pesar de vivir en una organización social emparentada con la Castilla condal, practicaron durante siglos las idas y venidas del campo de influencia castellano al navarro, en función de las urgencias militares de cada uno y de las promesas de respeto a sus exigencias fiscales.



Los Reyes Católicos

El segundo momento estelar del goticismo, atribuido a los Reyes Católicos, siguiendo la cronología citada por Álvarez Junco, no tuvo carácter definitivo. A pesar de avanzar en la construcción de una identidad española con la recomposición formal de la unidad visigoda, la singularidad de la unión personal de los dos primos Trastámara, Isabel y Fernando, para los catalanes Ferran II d'Aragó, impidió lo que para muchos estaba escrito en el destino.

La realidad fue algo más modesta; los dos monarcas gobernaron por separado sus respectivos reinos y sólo su nieto, Carlos I, sería rey de Castilla y Aragón. Su bisnieto, Felipe II, sería el primero en utilizar el título de Rey de España, haciendo coincidir el toponímico geográfico con una organización política, sin forzar la desaparición de los reinos

ESPAÑA, UN CUENTO BIEN CONTADO

Por Jordi Mercader



Felipe II de Rubens

fundacionales. Este entierro institucional se produciría dos siglos más tarde.

El castellano tampoco pasó a denominarse español en aquel período. La identificación oficial de la lengua de Castilla con el idioma español fue bastante más tardía. Unos cuatrocientos años, En 1925, la Real Academia Española, aprovechando la publicación de la edición número 15 de su diccionario, decidió cambiarle el nombre tradicional por el de *Diccionario de la Lengua Española*, a instancias, según parece, de Ramón Menéndez Pidal, defensor de la lengua como elemento unificador por excelencia.

[LEER CAPÍTULO ANTERIOR](#)